CAPITULO XXII

Del matrimonio de D. Quijote y Dulcinea y los consejos que dió á ella y al Príncipe heredero *non nato*, **y otros desvarios que se le ocurrieron.**

La entrevista fué cordialísima entre D. Quijote y la Emperatriz del Toboso, que llegó á la hora en punto señalada, magníficamente vestida, con su estrella de brillantes sobre la frente y su sonrisa inefable en los labios.

Alzad, valeroso caballero, dijo al de la Triste figura, que como siempre le rindió acatamiento hincando la rodilla. Ya he sentido los efectos de vuestras proezas maravillosas, y de haber dado cima á las tres empresas que el viejo del desierto de Sahára me ponía por condición. Nueva estoy, flamante y rejuvenecida, tal que todo lo del patagón me ha parecido una pesadilla tétrica. Hasta aquello del hijo nacido de mí lo creo una fábula.

D. Quijote se estremeció, pensando si podría ser un nuevo y temeroso obstáculo para sus ansias el descubrirse que él se había comido la tercera parte del hijo de su dama; pero, consultando al Nigromante sobre el caso en un momento en que aquélla salió á traer un valioso regalo para su campeón, enterado de todo, aquél le descubrió que nó y que el cabrito desollado por Tragaldabas era una mera figuración ó fantasma, de los muchos que suelen forjar y presentar como realidades los encantadores.

Recibid, dijo Dulcinea á D. Quijote, volviendo con un estuche, estas insignias de la más alta orden de mis Estados; y abriendo la caja de terciopelo y raso, echó al cuello del caballero una cadena de oro con muchos dijes y zarandajas, que solían llevar las damas á la sazón, y en que había un cuernecito, una calabacilla y un borreguillo del mismo metal. Es el toisón de oro, añadió; y D. Quijote lo recibió como la más alta merced de aquella soberana Señora.

¿De modo, preguntó ella, que ya está hecha la unidad ibérica; que ya es nuestro Gibraltar, y todas las naciones americanas de origen ibero también forman con nosotros una gran confederación de Estados hermanos?

Completamente, respondió D. Quijote; y refirió á Dulcinea y al Nigromante cómo llevó á felice fin aquellas al parecer difíciles conquistas, unas veces con la diplomacia, otras con la espada y otras con el discurso. Ahora, Señora mía, le suplicó, espero ver colmadas mis ansias y que os dignéis conceder ya á vuestro cautivo caballero la mano y el corazón.

Este vuestro era, es y será, dijo Dulcinea; mi mano va tras él como corderilla. Sea el señor Nigromante testigo de nuestros esponsales, y pues él tiene las órdenes sacerdotales recibidas, aunque está algo retirado de la Iglesia porque no le hicieron Obispo, él mismo bendiga aquí nuestra unión.

Pues lo queréis lo haré, exclamó el Nigromante con tono solemne; é instándoles á arrodillarse, les recitó algo que parecía la Epístola de San Pablo, les pidió el sí respectivo, y les echó las bendiciones.

Quijote, dijo Dulcinea; pues que ya eres mi esposo y Emperador consorte de mis dominios, nada quiero sin ti hacer ni disponer en ellos, y lo primero en que te pido consejo es en si hacemos al Sr. Nigromante primer Ministro, ó mejor Canciller de nuestro Imperio, sin que su condición sacerdotal sea obstáculo; puesto que ya tuvieron igual categoría en Francia Richelieu y Mazarino, y en España el Cardenal Jiménez de Cisneros.

Altos méritos, dijo D. Quijote, lleva contraídos el Sr. Nigromante para ese elevado cargo; cuanto más que conviene á un Imperio que su Canciller posea esa oculta ciencia de la nigromancia, que todo lo conoce y escudriña, para dirigir mejor la nave del Estado y precaverla de escollos; pero ya sabes Dulcinea las corrientes de opinión que hay en estos días y dirían los enemigos del Estado, al ver un ordenado *in sacris* de Canciller, que te habías entregado en brazos del clericalismo.

Tiene razón V. M., dijo el Nigromante, y de grado me quedaré no más que como confesor de la Emperatriz.

Eso es diferente, respondió el caballero; por más que vuestra tarea de confesor será sencilla, porque sabiendo todos los sucesos por medio de esa ciencia oculta, en cada instante podéis tener conocimiento de los pecados de la Emperatriz, sin ella declararlos, y, con absolverla de cuando en cuando, se simplifica la operación.

No tal, objetó aquél; que el bien de la confesión no está en eso, sino en la humilde declaración de las culpas y el propósito de la enmienda, y faltarían estos esenciales elementos.

D. Quijote lo reconoció, como buen cristiano, y el Nigromante quedó con este cargo de director espiritual.

Otra cosa me ocurre consultarte, Quijote mío, dijo Dulcinea; y es qué organización daremos á nuestros reinos: si me declararé Reina absoluta, ó constitucional, con Ministros responsables de mentirijillas y Cámaras de sempiterna charlatanería.

No me hables de Constitución, replicó Don Quijote, que en mis tiempos no se estilaba eso y todo iba á maravilla. El Rey ha de ser Rey, responsable él mismo ante Dios, ante la Historia y ante su pueblo de los actos de su poder y de sus decretos soberanos. No hay más que dos maneras de gobernar útiles y verdaderas: ó esa, ó la del pueblo mismo, haciendo las leyes por sí y rigiéndose por sí propio, como en la República de Atenas. Fuera de ello, todo es mentira y farsa; y esa república ilustrada y no representativa, de gobierno directo del pueblo por el pueblo, no será conveniente todavía, mientras haya tantos Tragaldabas en tus dominios. Entonces D. Quijote contó lo acaecido con su tercer escudero, y dijo que el primer decreto que esperaba refrendase su consorte la Emperatriz, era el de mandar ahorcar á Bartola.

Así lo haré, dijo ella, y servirá de ejemplar castigo.

Será justicia, respondió D. Quijote, y ahora pasemos á otro asunto.

Ya sabes por lo que te he contado, que nuestro hijo el futuro Príncipe de Asturias, es el prometido de la Princesa Beatriz. Hay que mandar una embajada extraordinaria á Portugal, á pedir la mano de esa Princesa al Rey su padre, y debemos escribirle unas cartas autógrafas, si te place.

Dulcinea asintió placentera, y la concordia de voluntades de los regios cónyuges, en aquellos primeros negocios, dijo el Nigromante que era prenda segura de paz y de prosperidad para la Nación.

Acabados por aquel día los asuntos interiores, trataron de los exteriores, ó sea de las relaciones que convenía mantener con los pueblos. Y Don

Quijote opinó que con Portugal, hecha la unión, no debía haber sino unidad de gobierno, de administración y de leyes; pero con gran libertad de régimen municipal para todas las ciudades; pues aun en tiempo de los Césares romanos, existía esta vida libre de los municipios. Las Américas y Filipinas debían gozar de autonomía; gobiernos suyos, administraciones suyas, leyes peculiares de sus usos y costumbres; pero dependencia con la Metrópoli, para la guerra y la paz, y la gloria y el poder de la gran familia hispano-colonial. Respecto á colonias atrasadas, como las africanas y otras de Oceanía, opinó por un régimen tutelar. Y con todas las naciones extranjeras aconsejó paz y harmonía, para que el carro de la civilización no se atascase ni volcara.

Ahora, añadió el caballero, como si lo tuviera vivo y en la edad de la razón á su lado escuchándole, quiero dar á mi hijo algunos consejos. Tú, hijo mío, estás llamado á regir este Imperio colosal, que recompuse y que era de mis mayores. Te lo encuentras rehecho casi todo, incluso la formación de la gran familia iberoamericana. La noble obra de tu reinado debe ser la unión de las varias familias latinas, para que esta gran raza no se vea privada de su glorioso cetro en la cultura del mundo. La raza latina debe sentirse y reconocerse, juntarse y amarse, y tú has de ser el campeón de esta idea, proponiéndola á los demás pueblos en algún Congreso, como yo hice con los de la América española. Procura que algún poeta te haga alguna gran oda, alusiva al asunto, y con ella tendrás andada la mitad del camino; que la poesía es suave voz que en las almas se introduce. De todas las familias latinas, la nuestra es la mayor y la más extendida. Sin embargo, si todas quieren hacer de Roma su Metrópoli, y firmar las paces en sus altares, no te opongas; que ella es la más antigua de la raza, y la que á eso tiene más derecho.

Permítame V. M. una interrupción, dijo el Nigromante, y es que sin duda no ha caído en la cuenta de que ahora Roma es la capital de Italia, porque perdió el Santo Padre el dominio

de ella y de todos sus Estados Pontificios, en tiempos de cierto Rey galanteador de doncellas, que se atrevió hasta con la cúpula de San Pedro. Siendo esto así ¿qué se hará con el Papa, y qué papel jugará en estas bodas de los pueblos latinos?

El las consagrará, dijo D. Quijote; pero como no será conveniente ir á romper ahora la unidad de Italia, ni dejar á ese Pontífice prisionero en una iglesia, ni en un palacio, aunque éstos sean San Pedro y el Vaticano, le darán todos los pueblos otros nuevos Estados Pontificios, para que desde ellos gobierne con independencia la Cristiandad, y serán tales que no los rehusará ciertamente, y se habrá realizado otra aspiración histórica y cristiana de esos pueblos, que se levantaron un día á la voz de Pedro el Ermitaño.

¿Cómo? exclamó el Nigromante curioso de saber esta quimérica solución.

Sencillamente, añadió el caballero. Reconquistarán esos pueblos el Santo Sepulcro, y de todos los Sagrados Lugares, en mal hora dejados en poder de gentes infieles, se harán los nuevos Estados del Papa, poniendo la Cátedra de San Pedro al lado del Monte Calvario, del Huerto de las Olivas y de los más memorables parajes de nuestra Redención. Palestina, arrasada por las guerras y las desidias, florecerá de nuevo. Suntuosos templos se alzarán en ella; ciudades portentosas y cristianas surgirán. Inmenso número de peregrinos afluirá á Jerusalén, y la voz del Vicario de Cristo resonará, como si fuera la del Mártir mismo del Gólgota, extendiendo su influjo por el mundo. El Cisma griego se acabará; se reconciliarán las dos iglesias de Oriente y de Occidente, y las herejías de Lutero, Calvino y demás viles reformadores, quedarán aisladas, retorciéndose en la impotencia, con la cabeza como la serpiente del Paraíso aplastada por el calcañar de la Iglesia católica.

El Nigromante, apesar de sus burlas, no pudo menos de quedar admirado ante aquel portentoso soñador, que recomponía pueblos y razas, y arreglaba á su placer la labor futura de los siglos.

No os admiréis, prosiguió el caballero, viendo la estupefacción del confesor de la Emperatriz; yo también tengo algo de ciencia oculta, para la adivinación de lo futuro, y veo claro como si se copiara en un espejo, todo lo que ha de suceder en las nuevas etapas de la Historia. ¿Creéis, por ventura, que todo ha de quedar como hoy está? Viendo las mutaciones que ha sufrido el mundo desde que me dormí hasta que me desperté, colijo las que han de sobrevenir, mayores cada día. Se hará cuanto he dicho, y mucho más, sobre todo cuando ya están doblegados por el hombre y le obedecen sumisos los gigantes, hadas y fuerzas ocultas del universo.

Los pueblos, agrupados en familias, se unirán en razas grandiosas, como los señoríos y baronías minúsculas se unieron en fuertes nacionalidades. Repartido el globo en cuatro ó cinco razas, como quien dice, en las descendencias de Sem, Cam y Japhet, estas grandes agrupaciones pactarán la paz universal y la alianza definitiva de todos los Estados del mundo, y cesarán las guerras y conquistas. Sobrevendrá en el interior de cada Estado el imperio de la justicia, de la fraternidad y de la razón, y los caballeros andantes colgarán sus armaduras y espadas, no habiendo ya agravios que desfacer, ni entuertos que enderezar, y descolgarán los laúdes para cantar sólo amorosas penas. Las ciudades quedarán aisladas, como inmensas galerías de máquinas que trabajarán solas y sin ayuda del hombre, dando para todos gratis el alimento y el vestido; y en los campos las zagalas en trenza y en cabello y los hidalgos hechos pastores con sus zampoñas, renovarán la edad de oro ensalzada de los poetas, y recobrarán el Paraíso perdido por nuestros padres. La tierra seguirá dando frutos para regalo y flores para ornamento; apagaránse los volcanes temibles, y se convertirán en auras suaves los ciclones; las mismas montañas se achatarán, perdiendo sus asperezas, y se bajarán al hombre obedientes, como dromedarios que se arrodillen para recibir su carga; los ríos fecundarán los desiertos y templarán los rigores de los simounes, y el globo será un inmenso y deleitoso

jardín, teniendo por lagos los mares, por macizos los bosques olorosos y por cisnes las góndolas en que pasarán las hermosas, coronadas de flores, cantando.

Dulcinea quedó también maravillada de esos sueños suaves de bienandanza y de la imaginación inagotable de su caballero; orgullosa desde luego, como mujer, por haber cautivado de veras á un espíritu semejante.

Casi no hubiera querido dejarle partir; quizás deseaba mantenerle cerca de ella, oyéndole ese dulce delirar; pero aquello no podía pasar de una hora de divertimiento, y el Nigromante ya la miraba impaciente.

Fué preciso fingir que la llamaban de la Mandchuria, en ayuda de Rusia contra el imperio del Sol Naciente, y que, teniendo que partir ella, debía quedarse de Gobernador general en sus Estados de la Mancha, su consorte D. Quijote; así que, muy á pesar suyo, con las lágrimas en los bellos ojos, que entristeció como actriz consumada, despidióse de su esposo, haciéndole muchos encargos de que velara por sus súbditos, y de que él mismo se cuidase de mandar ahorcar á Tragaldabas y á todos los de su ralea.

D. Quijote se afectó grandemente con aquella forzosa separación, y preguntó á Dulcinea qué conflicto era aquel de Rusia y el Imperio del Sol, y ella le refirió muy por cima la guerra que mantenían aquellos rusos rubios, de largas melenas, con aquellos ejércitos del Mikado, compuestos de hombres de color de aceituna sevillana, de ojos oblícuos y pómulos salientes; diciendo que era tal el pánico en Europa por los triunfos de éstos, que ya constituían lo que se llamaba *el peligro amarillo*, que hacía á las gentes blancas mirar con horror hasta la bayeta amarilla y todo lo que tuviese color semejante.

Si es así, dijo D. Quijote, parte en auxilio de los blancos, que son nuestros iguales y no dejes un aceitunado en todo el haz de la tierra; pues sería cosa triste y fea que nos arrollaran, vencieran y exterminasen, y quedaran imperando sobre el planeta como prototipos de la fuerza, del talento y de la belleza, esas caras amarillas

y melancólicas, de abultados pómulos y de ojos perpendiculares. Dios mismo, al ver así contrahecho á su Adán, mandaría algún diluvio para que volviese á empezar la especie humana, por una pareja blanca y bella, la historia del mundo, y no se dejase arrebatar la supremacía por ninguna desviación de su tipo.

Y como le objetara el Nigromante que todos eran hijos de Dios y tenían derecho al planeta en que vivían, no lo negó D. Quijote, como no negó que los tuertos y los jorobados y los cojos fueran también hermanos nuestros; pero añadiendo que, no obstante, sería una gran desgracia que no llegara á haber en el mundo, más que tuertos, ó cojos, ó jorobados; lo mismo que resultaría horrible que, por estas luchas y preponderancia de una raza inferior, pero más prolífica, no llegara á haber sobre la tierra más que negros ó aceitunados.

Ellos mismos, añadió el caballero, tendrían en tal caso que procurar la reconstitución de la raza blanca para ornamento de la tierra, para nobleza del arte y para deleite estético de los sentidos; porque, decidme, por ejemplo ¿con qué Venus aceitunada y de cara dificultosa podrían sustituir la blanca y harmoniosa de Fidias, ni con qué estátuas de su tipo japonés el Apolo de Belveder, ni con qué rostros las vírgenes de Murillo? Por lo demás, concluyó, cuando esas razas inferiores, aceitunadas ó negras, levanten en Parthenón, tengan un Dante, canten como un Petrarca, den vida á un Colón, cuenten con un Newton, ó reciban el beso de la predilección divina, encarnando en ellas un Verbo, entonces tendrán derecho á hombrearse con la raza nuestra y á disputarle su hegemonía.

Miróse Dulcinea al espejo, arreglóse un poco los ricillos dorados, se puso más saliente la estrella de brillantes sobre el promontorio de su cabellera, y vió que D. Quijote tenía razón y que esa estrella era el símbolo del triunfo indispensable de su raza, hermosa y gentil, inteligente y espiritual, suprema expresión de belleza del celeste escultor, que modeló las formas de las criaturas.

En seguida se colocó su sombrero de amazona,

cogió el látigo de montar, é hizo como que partía hacia aquellas remotas regiones, á dar en la cara á todos los ejércitos del Mikado. Don Quijote la abrazó, la dejó salir de la estancia, y se quedó un momento con el Nigromante, que procuraba consolarle y animarle, para que partiese incontinenti á su Regencia de la Mancha.

Cuando el caballero partió para tomar el camino de su tierra manchega, Dulcinea salió de su escondite; dejó el látigo, se quitó el sombrero de amazona, y se colgó al cuello del Nigromante, diciéndole con mimo: ¿Te has enojado de que haya hecho tan á lo vivo mi papel?

No hija, respondió éste; así como así, á ese pobre sonámbulo le pasa lo que á cierto perro flaco de un labrador de secano, que yo conocí, que tan débil y desmedrado estaba que hasta para ladrar tenía que arrimarse á la pared.

Sonrió Dulcinea; no hablaron más del caso, y se vistieron para bajar al comedor del hotel, porque ya había sonado la tercera campanada.